

Los 90 años de Don Ramón Carande

JOSEP FONTANA

QUIENES, como yo, estudiamos el Bachillerato en los años cuarenta y conocimos la Universidad española de los primeros cincuenta, tuvimos que sufrir una triste simbiosis de historia y adoctrinamiento político. Los textos escolares de Historia y los de "Formación del espíritu nacional" eran tan semejantes que costaba distinguirlos —mi texto de FEN de séptimo curso se titulaba nada menos que **Los ideales del imperio español**— y no era insólito que un mismo profesor se ocupase de ambas materias. A este adoctrinamiento en la enseñanza correspondía una práctica de la investigación que, puesta en la pendiente de la irracionalidad, había llegado al grado extremo de degradación que supone el menosprecio por el rigor erudito. Uno de los historiadores más influyentes en la Universidad de aquellos años, auténtico jefe de una escuela que asaltó, y sigue disfrutando, buen número de cátedras de Historia, podía permitirse el lujo de publicar un libro sobre **La crisis política del antiguo régimen en España** que es-

taba plagado de los errores más groseros y citaba los textos de segunda mano, con erratas disparatadas que alteraban por completo su sentido, sin que hubiera quien denunciase el fraude, antes bien, en medio de los plácemes generales por obra tan original y renovadora.

Aquellos que entonces hicimos la descabellada opción de escoger el estudio de la Historia, dispuestos a rechazar la miseria intelectual dominante y convencidos de que era posible cultivarla con rigor científico, encontramos pocos maestros y ninguna ayuda. Yo tuve la inmensa suerte de poder contar con las enseñanzas de dos maestros excluidos de la Universidad —Ferrán Soldevila y Jordi Rubió— y de hallar en las aulas a Jaume Vicens i Vives, que estaba entonces en el momento más fecundo de su carrera. No había mucho más. Algunos de los viejos maestros habían emprendido el camino del exilio, como Altamira, que seguiría siendo, al otro lado del Atlántico, maestro de historiadores (¿cuándo se reeditarán sus libros, y se publicarán aquí los que vieron la

luz en América y son prácticamente desconocidos por los lectores españoles?). Otros pudieron sobrevivir a las depuraciones, pero trabajaban en silencio, sin que las fanfarrias de la ciencia oficial se ocupasen de ellos, dedicados a investigar, escribir y enseñar.

De ahí la importancia que para todos nosotros tuvo la aparición, en los años más difíciles de esa época, del primer volumen del **Carlos V y sus banqueros**, de don Ramón Carande, que representaba un soplo de aire fresco, de dignidad científica y de sensatez en medio de un asfixiante paisaje de evocaciones imperiales de cartón piedra. ¿Cómo fue posible que los celadores de la ortodoxia no se dieran cuenta de la herejía que representaba escribir un libro sobre Carlos V y empezar hablando de Castilla, esto es, de la sociedad y no del César y del caudillaje? La práctica académica invertía los términos. Todavía en 1966, Manuel Fernández Álvarez pudo publicar, dentro de la **Historia de España**, que dirigía Menéndez Pidal, un volumen titulado **La España**

de Carlos V, donde se había hasta la saciedad de Carlos V y apenas nada de España (razón que explica que sólo se hagan en él unas pocas citas al paso de los libros de Carande). Uno de los motivos de que la racionalidad del libro —esto es, su peligrosidad intrínseca— pasara inadvertida debe haber sido el rápido agotamiento del primer volumen y la forma demasiado discreta, casi clandestina, en que se publicaron los dos siguientes, a costa, claro está, de restarle lectores. La otra, el estilo elaborado, casi conceptista, de don Ramón, que ocultó tal vez a lectores apresurados que aquel libro mostraba el reverso de la historia imperial que se propugnaba desde los medios oficiales, que trataba de averiguar los costes del imperio y de decirnos cómo se habían pagado y quién los había pagado. Por eso habrá que concluir que a lo mejor no fue un error, sino un acto lleno de consecuencia, el de aquel ministro de Educación que hace unos años sufrimos sobre nuestros hombros y que se opuso a que don Ramón fuera nombrado doctor "honoris causa". A decir verdad, ni él merecía concederle ni don Ramón podía aceptarlo.

No es mi propósito valorar la obra científica de don Ramón Carande. Carezco de competencia para juzgarla, aunque no tanto que no sepa que se trata del mejor de nuestros historiadores vivos. Mi intención se reduce, simplemente, a recordar, en este noventa cumpleaños de don Ramón, en esta su perenne juventud de nueve décadas, lo que su obra representó para toda una generación de historiadores, que hubo de formarse en tiempos harto difíciles. Decirle que no sólo quienes pudieron disfrutar de su enseñanza en Sevilla, sino también aquellos que le conocimos a través de la letra impresa, le hemos tenido por maestro. El homenaje que se le tributa hoy no será más que el reconocimiento de la deuda que hacia su persona y su obra tenemos.

Sólo que no bastan ni la gratitud ni el homenaje. Hay algo más que le es también debido: el justo reconocimiento de su valla. Es hora ya de que su obra, y en especial ese monumental **Carlos V y sus banqueros**, que representa un hito en la historiografía española, salga del discreto silencio que la ha envuelto, para que los lectores de este país se enteren de lo que vale y significa. Ya es hora de que desplace de los estantes a tantos volúmenes de vacía retórica imperial como salieron de las prensas franquistas y que hoy nos parecen irremediamente caducos, enmohecidos, más viejos que los de los propios cronistas del siglo XVI. Hasta hoy la obra de Carande ha pertenecido a los especialistas, a los historiadores; mañana pertenecerá a todos. ■ Foto: ATIENZA.



El homenaje que se le tributa hoy a don Ramón Carande no será más que el reconocimiento de la deuda que tenemos hacia su persona y su obra.